

1. PARTIENDO DE PAUMANOK

Walt era hijo de un carpintero. Pero sus aventuras empezaron en una granja cercana al sonido y al olor del mar.

Su abuela Van Velsor era hija de un capitán de marina. A Walt le agradaba oírle contar la historia del Viejo Marino Kosabone, su tatarabuelo, que solía sentarse en su enorme sillón de brazos junto a la ventana de su casa de la colina, cuando era ya demasiado viejo para zarpar, mirando de frente la bahía y el cabo lejano y el estrecho de agua que conducía al océano. Una noche estaba sentado allí, hirsuto filibustero de noventa años, musitando para sí mientras observaba los bajeles, y especialmente un bergantín de salida que bregó durante horas luchando con el viento y la marea. A través de la puesta del sol y del crepúsculo vespertino el Viejo Marino Kosabone observó refunfuñando. Al caer la noche, súbitamente cambió la suerte del bergantín, la brisa batió sus velas y viró, rodeando el cabo. *¡Está libre! ¡Parte a su destino!* musitó el viejo holandés, lleno de contento. Fueron las últimas palabras que habló. Cuando su nieta se acercó a él lo encontró muerto, con los ojos fijos en altamar.

También en la familia de su padre hubo gentes vigorosas. Walt nunca llegó a ver a su bisabuela Sarah Whitman, aunque ella vivió hasta los noventa. Pero oyó hablar de ella tan a menudo que sentía como si la conociera: una figura erguida y alta, oscura de tez y brusca de palabra, ceñuda hacia los extraños y amable sólo con los negrillos que pululaban en torno a sus faldas. Cuando quedó viuda, obró como el dueño de la hacienda, saliendo día tras día a caballo para atender su tierra y mandar a sus esclavos, mascando tabaco como un hombre y jurando como un hombre contra los ociosos.

Había cerca de una docena de esclavos en la hacienda de los Whitmans en Long Island cuando Walt era un muchachito. Durante el día se dispersaban, atendiendo a los animales o trabajando en los campos; pero el chico veía a los morenos más jóvenes todas las noches en la cocina encendida, sentados en cuclillas en el suelo,

inclinados sobre sus escudillas de gachas de maíz indio y leche. El amigo especial de Walt era el liberto, el viejo Mose, lleno de anticuada cortesía pero alegre compañero.

En casa, y en la casa de su abuelo Van Velsor, la cocina era buen sitio donde estar. Había rugientes hogueras de leña en el invierno y siempre abundancia de carne de cerdo y de res y volatería, platos colmados de humeantes verduras frescas del jardín y sidra hecha en casa para ayudar a resbalarlos todos. El mobiliario era sencillo. Los pisos estaban desnudos. Las ropas eran hiladas en casa. El trabajo era interminable, igual para las mujeres que para los hombres de la familia, adentro y afuera. Pero había una especie de comodidad rústica y constante actividad.

Había visitas con frecuencia en el hogar de los Van Velsor, donde el robusto chico de ojos azules y cabellos negros era muy mimado por su abuela Naomí, mujer dulce y sonriente bajo su modesto bonete cuáquero, y por su corpulento y rubicundo abuelo, el Mayor Cornelius. Debe haber habido cabalgatas en pony, pues los Van Velsor criaban y educaban caballos de sangre, y tanto los hombres como las mujeres hacían todos sus viajes a través de la isla a lomo de caballo.

Walt era demasiado pequeño para hacer más que tirar del rabo de los cerdos o admirar los fuertes dedos que bombeaban tan firmemente la silbante leche en la paila o patalear en la arena, fría y suave para sus pies desnudos, cuando todos se reunían en la playa para un cocido de almejas o detenerse un minuto en primavera en el patiecillo de la entrada para aspirar la dulzura plena de las lilas que florecían allí. Pero todo lo que veía y tocaba, todo lo que olía y gustaba, el aroma del heno picante en el sol, la estridencia de los cencerros de la noche, lo alimentaba y lo deleitaba y se volvía parte de él para siempre.

Había pocos libros. El ejemplar anual de Almanaque con su relación de mareas y eclipses, sus consejos para las cosechas y la elaboración de la sidra, sus gruesos chistes ocasionales, no estaba calculado para entretener a un niño. La mayor parte del hambre de cuentos que sentía Walt tuvo que verse satisfecha con leyendas de sus familiares: los Whitmans que habían venido de Inglaterra en el *True Love* (*Amor verdadero*) casi doscientos años antes de nacer Walt, los

Van Velsor, que habían salido de Holanda para poblar a Long Island con una vigorosa cepa cuáquera, los marinos y artesanos y agricultores, los soldados que habían peleado en la Guerra Revolucionaria. Cuando nació Walt, el último día de mayo de 1819, John Adams y Thomas Jefferson vivían aún.

Había un cuento chino acerca de aquellos días de guerra que Walt saboreaba especialmente. Lo había recibido directamente de su bisabuelo el marino.

El enemigo estaba al acecho, decía el viejo. Tenía un vigoroso valor británico. Fue hacia el atardecer cuando cayó sobre nosotros, dispersándonos horriblemente. Mi capitán echaba amarras con sus propias manos, las vergas estaban enredadas. No era una broma.

Cerramos contra él. Metimos algunos tiros de dieciocho pulgadas bajo el agua. Al primer disparo dos grandes piezas explotaron en nuestra batería baja. Todos los marineros fueron muertos, los hombres que estaban arriba, volados.

A la puesta del sol seguíamos luchando todavía. Oscureció. Había luna llena y luchamos a la luz de la luna. Las ocho, las nueve, las diez. Nuestras vías de agua crecían. Llegaban a cinco pies de agua. El oficial encargado de los prisioneros¹ los soltó en la popa para darles una oportunidad de salvarse. No pudimos entrar en los polvorines: había centinelas apostados para detenernos; había tantos rostros extraños que no sabíamos en quién confiar. Nuestra fragata ardía.

El barco enemigo nos preguntó si pedíamos cuartel. ¿No queríamos arriar nuestra bandera y rendirnos? ¿Sabes lo que contestó a eso nuestro pequeño capitán? El viejo rió. ¿Arriar? dijo. Apenas empezamos a pelear.

Sí, pero teníamos sólo tres cañones en uso. El capitán apuntó personalmente uno contra el palo mayor del enemigo. Los otros dos seguían descargando metralla para barrer sus puentes. Las cofas, especialmente la de la gavieta, se sostenían bien. No había una sola pausa en los disparos.

Una de las bombas había sido barrida por la metralla. Las vías de agua ganaban terreno. No teníamos duda alguna de que estábamos hundiéndonos. El fuego devoraba el camino hacia la santabárbara.

¹ *Master-at-Arms*, Rango de pequeño oficial, encargado de mantener en los acorazados el orden, la disciplina y la custodia de prisioneros, que fue abolido por la armada norteamericana en 1916.

Nuestro capitán dio sus órdenes con una voz normal. Sus ojos brillaban como fanales de batalla.

Recuerdo al paje de escoba, que era sólo un niño, tirado muerto en el alcázar. Y cerca de él yacía un viejo lobo salado de largo pelo blanco y patillas cuidadosamente rizadas. La enjarciadura se bamboleaba. Las llamas lamían, abajo y arriba. El par de oficiales todavía aptos para el deber estaban casi demasiado roncós para gritar órdenes. Nos íbamos a pique efectivamente. Seguimos luchando.

Era casi medianoche cuando ellos se rindieron a nosotros.

El viejo se detuvo, recordando más de lo que había dicho: los montones de cuerpos tirados por todos lados, la carne embarrada en los mástiles rotos, el penetrante olor de la pólvora mezclado con el olor del mar, las sacudidas del barco, el breve grito de los heridos, el rugir de las llamas en el viento y las estrellas quietas como muertas arriba, el pálido capitán dando órdenes para pasar de su navío que se iba a pique al barco inglés conquistado.

¿Arriar?, repitió el viejo marino, saboreando las palabras: Apenas empezamos a pelear.

Cuando se acababan los cuentos, Walt buscaba a su madre. Aún cuando nada tuviera ella que decir, era bueno estar a su lado, mirándola mover el puchero o disponer los platos para la cena o sonreírle por encima de su labor de zurcido. No estaba él tan seguro de su padre. Walter Whitman era un gigante de hombre, lento de palabra, pero terrible como un tornado cuando se encolerizaba. Walt estaba siempre a la mira de una palabra altisonante y violenta o de una dolorosa bofetada.

Ya fuera a causa de su mal genio o porque sus vecinos encontraban que quería hacer demasiado buen negocio, el carpintero no prosperaba en West Hills. Tenía que proveer a las necesidades de su esposa y de tres hijos pequeños –Walt era el segundo– y pronto habría otro bebé en la familia. Los Whitmans habían ocupado la granja de West Hills durante generaciones. Pero los tiempos estaban cambiando. El padre de Walt decidió mudarse.

No fue muy lejos. Long Island lo sujetaba todavía. Pero fue un gran cambio pasar de las saladas tierras cercanas a la Bahía de Cold Spring al pueblo de Brooklyn. Long Island tiene la forma de un pez, y Brooklyn está próximo a las quijadas que quieren morder a Man-

hattan. Walt tenía sólo cinco años cuando la familia se instaló en Brooklyn; pero conforme fue creciendo, creció con él su apetito por la ciudad: sus enjambres multitudinarios, sus tonantes carros tirados por pesados caballos, sus grandes bodegas y sus chimeneas humeantes, sus luces deslumbradoras y sus dilatadas sombras.

Aun siendo muy pequeño le ocurrieron cosas espléndidas en esos sitios.

¿Adivina quién viene a Brooklyn para el Cuatro de Julio!

¿El abuelo Van Velsor? Walt echaba de menos al afable, viejo Mayor, como echaba a faltar el rico aroma de los establos del hogar. No, alguien más importante aún. Walt trató de adivinar y se dio por vencido.

¿El General Lafayette!

¿Lo veré yo?

Sería maravilloso ver al hombre que había ayudado al General Washington. Para un nieto de la Revolución, Washington era menos el primer Presidente de la República que el luchador que había echado fuera a los ingleses. Walt no sabía mucho de la Revolución Francesa; pero el pensamiento de ver a Lafayette hacía parecer más real y más próxima la Guerra.

Todos los niños de la escuela lo verán. Tú estarás formando en línea para saludarlo cuando llegue del Embarcadero de Fulton. Ha prometido poner la primera piedra de la Biblioteca del Aprendiz.

Para el hijo del carpintero la colocación de una primera piedra era algo así como un lugar común. Pero una biblioteca no lo era. Y ciertamente tampoco era lugar común el General Lafayette.

Walt se levantó temprano en aquel luminoso día Cuatro y temprano se alineó para ver pasar el carruaje amarillo del General a través del pasillo formado por niños y mujeres que agitaban pañuelos y por los dispersos veteranos de cabello blanco de la Revolución. Luego corrió con la multitud hasta la esquina de las calles de Henry y Cranberry, donde iban a ser pronunciados los discursos.

Había una apretura tal de gente que un chico tenía que empujar pantalones y asomar por entre faldas para poder echar una ojeada a la boqueante excavación rodeada de piedras. Walt se las compuso para apretujarse hasta pasar al círculo interior, pero era todavía difícil ver bien lo que ocurría. Espectadores cordiales levantaban a

los niños sobre sus hombros o los colocaban sobre los montones de piedras. El regordete muchachillo de cabellos negros que miraba fijamente el espectáculo con grandes ojos gris-azul debe de haber tenido algo atractivo. Pues de pronto Lafayette, con sus espléndidas insignias, se inclinó hasta el pequeño Walt, lo abrazó brevemente, besó la redonda mejilla que ardía de excitación y puso al chico en un punto seguro desde donde pudiera contemplar la ceremonia.

Ese día marcado con letras rojas permaneció en pie contra el opaco fondo del salón de clases y contra un hogar errante. La familia se mudaba casi todos los años. Hubo la casa de Front Street, y luego la casa de Cranberry Street, y luego el carpintero construyó su casa propia en Johnson Street. Pero no pudo pagar la hipoteca y tuvieron que mudarse de nuevo. Esta vez construyó en Tillary Street; pero, una vez más, hubo juicio hipotecario y tuvieron que marcharse.

Walt, con el gran apetito de aventuras de un niño pequeño, tenía su manera propia de encontrarlas.

2. TIRADAS EN LA CALLE

Más a menudo que otra cosa, escapaba hacia Catherine Street. En la esquina con Front Street había una tienda de abarrotes de uno de sus amigos.

Hola, señor Copeland.

Hola, Walt.

Entonces quizás el tendero tiraba un puñado de galletas saladas por encima del mostrador o se empinaba hacia el salado barril para sacar un pepinillo que el chico mordía vigorosamente. El tendero tenía el don de amistad de los políticos: a su tiempo llegó a ser el Alcalde Copeland.

El Embarcadero Nuevo, situado al pie de Catherine Street, era la obsesión especial de Walt. Los marineros gustaban de bromear con el jovencillo que los observaba con admiración. Los porteros estaban siempre pendientes de él y lo dejaban pasar con un guiño, permitiéndole viajar de Brooklyn a Manhattan y volver sin billete. Walt pasaba horas fascinado por los caballos garañones que caminaban tardamente en torno a las cubiertas centrales de los barcos, antes de que el vapor reemplazara la tracción animal. El nieto del Mayor Cornelius amaba los caballos, los animales desmañados y poderosos, tanto como o quizás más que, los de pura sangre de alto trote y finas patas que tenían libre acceso a las pasturas de los Van Velsor.

Arrojaba piedras y tejas a las moreras de Nassau Street, con riesgo de los transeúntes, cuando la fruta colgaba, pesada y dulce, de las ramas. Pescaba en las charcas espumosas y en los negros arroyuelos con un alfiler doblado en una cuerda de estopa en la vecindad de Wallabout. Este distrito –tanto de Brooklyn– estaba lleno de recuerdos revolucionarios.

Allí habían tocado tierra los transportes británicos. En esas colinas los muchachos y jóvenes, una brigada de dos mil, se habían mantenido firmes en la fiera Batalla de Long Island, que había terminado con una lúgubre lluvia y con la retirada a la luz de las antorchas a